

## Adiós al amigo

**A**lmorzaba, cuando sonó el teléfono. Al otro lado de la línea, X., después de un saludo rápido, me daba la noticia.

— Ayer le dio un infarto a José Manuel.

— ¿Cómo? ¿Y qué tal está?, le pregunto, sobresaltado.

— Mal, muy mal.

— ¿Cómo así? ¿Fue tan grave?

— Sí.

— Bueno, ¿no hay esperanza?

— Muy poca.

A las dos, Estela y yo entramos a la Clínica Cardiovascular. En el corredor, frente a la puerta de entrada a la unidad de cuidados intensivos, aguardan las hermanas, la nuera y las dos sobrinas. Están desesperadas. Hace un instante, cuentan, el médico salió y de una manera muy directa les ha dicho que se preparen para lo peor. Están compungidas y lloran, no pueden creerlo. Necesito apoyarme en la pared. Estela me toma de la mano, quedamos fríos. Sólo un milagro puede salvarlo. Es lo último que les ha dicho, y a él nos aferramos, mientras pasan los minutos a la espera de nuevas noticias. Pero éstas no llegan, y la incertidumbre es cada vez mayor. Al rato, aprovechando que una enfermera ha salido, pese a que está prohibido el ingreso, Estela y yo decidimos entrar. La sala la componen varios habitáculos separados por cortinas corredizas. En la número 5 están Clara, Tere, Gustavo y Mauricio asistiendo al poeta en su agonía. Nos abrazamos.

A José Manuel lo habían ingresado el día anterior, jueves 4 de abril, en horas de la mañana. Temprano había sufrido un desmayo, el segundo en ocho días, después del que le había ocurrido en Pereira, cuando visitaba a su



Archivo familiar

hija Tere. Una copa de aguardiente había sido suficiente para recuperarse aquel día. Pero esta vez no sirvió de nada, se sentía muy mal, además el dolor en el brazo izquierdo era insoportable. Sudaba y tenía frío. Cuando el médico de EMI lo revisó, ordenó internarlo de inmediato en una clínica. Allí lo inyectaron y lo pusieron en observación. Durante las horas siguientes no perdió la conciencia, salvo en el instante en que, a la madrugada, ante una nueva crisis, lo anestesiaron para operarlo de urgencia. Murió sin saberlo, mientras lo intervenían.

Sin embargo, en aquellas horas anteriores había pensado en la muerte con valor y estoicismo. No le había faltado el ánimo para darle instrucciones a Clara, su mujer, acerca de asuntos prácticos, como el pago del arrendamiento de la finca y de los servicios; tampoco sobre lo que debía hacerse con los borradores y manuscritos de sus poemas y la traducción que preparaba con Anabel Torres de los poemas de Emily Dickinson para la editorial de la Universidad de Antioquia. Igualmente acerca de sus funerales: no dejarlo ver cuando lo tuvieran en la caja mortuoria, incinerarlo pronto, nada de ceremonia religiosa alguna. Respecto a ella y los hijos, les pidió mucha fortaleza. Todo esto en detalle, sin ningún dramatismo, “por lo que pudiera pasar”.

Tan ejemplar fue su modo de morir, como fue su vida. Entendía que la una hace parte de la otra y que hay que llegar a la muerte con los ojos bien abiertos, sin temor alguno. Su sabiduría, como la de los antiguos filósofos, era de ese temple.

A su hermana Gloria ya le había dicho que tenía la maleta lista.

Tan ejemplar fue su modo de morir, como fue su vida. Entendía que la una hace parte de la otra y que hay que llegar a la muerte con los ojos bien abiertos, sin temor alguno. Su sabiduría, como la de los antiguos filósofos, era de ese temple.

Cuando entramos, el poeta yacía cubierto con una sábana de color verde claro y estaba conectado al respirador y a otros aparatos a través de un sinnúmero de pequeñas mangueras que salían de sus narices y brazos. En la funda de cama, bajo un costado, había una mancha de sangre. El color de su rostro no era nada bueno, estaba pálido y cetrino, su cabello desordenado parecía haber encanecido mucho más. Tenía los ojos cerrados. Pero no dormía. En sus nobles rasgos se había instalado ya la ausencia definitiva.

Sumida en el dolor, Clara le acariciaba la mano y le hablaba con afecto y ternura, con la esperanza de que un milagro sucediera. Igual sus hijos. El monitor parecía dar a entender que todavía existía un aliento de vida. Pero era una impresión errónea. Fue el médico el que, un momento más tarde, después de reunirlos, les dijo que ya nada había por hacer y que, si lo aceptaban, lo mejor era desconectar los equipos.

—¿Entonces murió, doctor? —gimió Clara.

—Es el respirador el que produce la impresión de que aún respira —respondió el médico, evitando una respuesta directa.

—¿En verdad, doctor, está muerto? —volvió a preguntar, ansiosa, Clara.

—Es el respirador... puede seguir conectado a él si lo desean, pero es inútil.

Eran las tres de la tarde. Como acontece en momentos semejantes, sobrevino un sentimiento de irrealidad que demudó el rostro de cada uno de los allí presentes. La consternación fue inmensa. Tratamos de controlar el llanto. Ahora sí que parecía increíble que José Manuel ya no estuviera con nosotros.

Tere y Gustavo se abrazaron con su madre. Al grupo familiar se unieron Mauricio, el yerno, y las sobrinas; Estela y yo nos tomamos de la mano. Pasó un largo momento, en el que el silencio fue absoluto. La luz blanca y fría, como en la famosa pintura de Mantegna, transfiguraba aquella escena de dolor. Aún tardó un tiempo para que los que allí estábamos comenzáramos a aceptar la realidad.

Después de meditarlo, la familia convino en autorizar la desconexión. Alguien, ahora sí, lloró. Un llanto contenido, sin estridencias, que en poco alteró la atmósfera de aquel lugar, acorde, como ninguno, con el espíritu austero del poeta.

Aceptando lo irremediable, uno a uno, fuimos pasando a darle nuestra despedida. Nadie acudió allí para realizar apuntes o fijar su rostro en una máscara mortuoria. Su último rostro es el que recordamos.

Lo siguiente que advertí, antes de volver al pasillo, donde comenzaban a agolparse familiares y amigos, fue a la enfermera apagando los monitores, como quien cumple una función de rutina. Seguramente ignoraba quién era el muerto.

—José temía a una vejez llena de molestias e impedimentos. Quizá fue mejor que sucediera así, de golpe. No quería que le pasara lo que a algunos amigos suyos, cuyos últimos años fueron muy tristes —comentó Clara.

En octubre el poeta cumpliría 65 años. Para celebrarle los 64, con un grupo reducido de amigos, fuimos a almorzar a un restaurante en la avenida Las Vegas. Entre burlón y sorprendido, no dejó de extrañarle el gesto. “Me están agasajando mucho, ¿será que me voy a morir?”. 

---

*Elkin Restrepo* (Colombia)

Poeta y narrador. Dirige la Revista Universidad de Antioquia. Sus últimas publicaciones: *Como en tierra salvaje, un vaso griego* (poesía, 2012, Sibila, Sevilla), *A un día del amor* (relatos breves, 2012, Eafit), *Una verdad me sea dada en lo que escribo* (antología, 2014, Colección Revista *Palimpsesto*, Sevilla, España), *El torso de Venus* (poesía, 2015, Javeriana) y *5 cuentos inocentes* (2016, Hilo de Plata).